

JACOBS

Adversarios de los sacerdotes, obligados á luchar contra una vasta asociación donde la confesión y la delación constituyen los primeros medios, los jacobinos emplearon medios análogos, se declararon audazmente amigos de la delación; proclamaronla el primer deber de todo ciudadano. La vigilancia mutua, la censura pública, hasta la delación oculta, he aquí lo que enseñaron y publicaron, apoyándose á este fin en los más ilustres ejemplos de la antigüedad. La ciudad antigua, griega y romana, la pequeña ciudad monástica de la Edad Media que se llama convento, abadía, tienen por principio el deber de perfeccionar, de depurar siempre, por la vigilancia que todos los miembros de la asociación ejercen unos sobre otros. Tal es también el principio que los jacobinos aplican á la sociedad entera.

Nacidos en un gran peligro nacional, en medio de una inmensa conspiración que negaban los conspiradores (como ellos se han jactado luego), los jacobinos formaron, para la salvación de la Francia, una legión, un pueblo de acusadores públicos.

Pero á diferencia, y grande, de la Inquisición de la Edad Media que por el confesonario y otros mil medios diferentes penetraba hasta el fondo de las almas, la Inquisición revolucionaria no tenía á su disposición más que medios exteriores, indicios frecuentemente inseguros.

De ahí una desconfianza excesiva, malsana, un espíritu tanto más susceptible cuanto que tenía menos certidumbre de tocar al fondo. Todo alarmaba, todo inquietaba, todo parecía *sospechoso*.

Temores muy naturales en el peligro en que se veía á la Francia, á la Revolución, á la causa del género humano. ¡Esta feliz Revolución, esperada por miles de años, llegada al fin ayer y ya próxima á perecer! Amenazada de un golpe á todas horas para los que la habían abrazado, puesta en el fondo de su corazón como la parte más preciosa de ellos mismos. No era un bien exterior el que se trataba de quitarles, sino la vida... Ninguno había sobrevivido.

Para hacer justicia á los jacobinos, hay que colocarse en su momento histórico y en su situación; comprender las necesidades que los cercaron.

Estaban frente á una asociación inmensa, mitad de idiotas, mitad de cobardes; lo que se llamaba, y lo que se llama el mundo de las buenas gentes.

Por una parte dos delatores: el rey, que á todas horas denuncia su pueblo á la Europa y el sacerdote que denuncia el pueblo á los necios, á las mujeres, á la Vendée.

Por otra parte la inepta alianza de Lafayette con Bouillé, en provecho de éste, y que (con buena intención) pondría la Revolución en las manos de sus enemigos.

¿Quién puede precisar al detalle, ciudad por ciudad, en los campos, en las aldeas, lo que era esta asociación del mundo llamado de las

buenas gentes, del mundo de los curas, del mundo de las mujeres, del mundo de los nobles y de los casi nobles?

¡Las mujeres! ¡Qué poder! Con tales auxiliares ¿qué necesidad había de la prensa? La palabra femenina es un vehículo mucho más eficaz. Verdadera fuerza, tanto más decisiva cuanto que no tiene dureza alguna, que cede, que es elástica, y se dobla para mejor levantarse de nuevo. Decidles una palabra al oído; pronto corre, llega, y agita, de día, de noche, por la mañana, en la cama, en el salón, en los mercados, y por la noche en las conversaciones, en los corrillos de las puertas, por todas partes, con el hombre, con el niño, con todos... ¡Fuerte ha de ser quien resista!

He aquí un obstáculo real, terrible para la Revolución. ¿Y qué es esto sino el avance del extranjero, el ataque de todos los ejércitos de Europa?... Tengamos piedad de nuestros padres.

¿Quién, sin embargo, quería entrar en el detalle irritante del mundo noble y casi noble? De toda la podredumbre antigua de los parlamentarios, de su antigua política, es el obstáculo más real que Lafayette asegura haber encontrado en París es la clientela baja, servil de comerciantes, renteros pobres, prestamistas insignificantes que se unían al clero y á los nobles. Y estos nobles volvían á encontrarse, gracias á Lafayette y á las leyes revolucionarias, jefes, oficiales de sus clientes en la guardia nacional.

Para resistir á todo esto hacía falta á la nueva asociación una organización muy fuerte, y la encontró en la sociedad de París. La originalidad primitiva de ésta fué menor en las teorías que en el genio práctico de sus fundadores.

El principal fué Duport, y él quedó por algún tiempo como cabeza de los jacobinos. «Lo que Duport ha pensado, se murmuraba, Barnave lo dice y Lameth lo hace.» Mirabeau los llamaba *triumqueusat* (triumvirato de tunos.) Por el vigor de los golpes que dirigieron á la realaleza, se los creyó republicanos, se les atribuyó un designio profundo, un proyecto bien definido de cambiarlo todo de arriba abajo. Ellos mismos estaban orgullosos de esta mala fama. No la merecían. No eran más que inconsecuentes. Resultó en el día crítico, que eran partidarios de la monarquía que ellos mismos habían destruido.

Duport era siempre un pensador, una cabeza firme y más completa que la de sus colegas: hombre de especulación. Tenía al mismo tiempo demasiada experiencia revolucionaria antes de la misma Revolución. Rival de Espresménil en el Parlamento, había sido uno de los principales motores de la resistencia contra Colonne y Brienne. Debía conocer á fondo la acción secreta de la policía parlamentaria, la organización de las sublevaciones de los curiales y del pueblo en favor del Parlamento.

Durante las elecciones del 89, empezó á reunir en su casa hombres políticos (calle del Grand-Chantier, cerca del Temple). Mirabeau y Lie-



BUENAS
GENTES

ges fueron allí y no quisieron volver. «¡Políticos de caverna!», dijo Sieyes. El gran metafísico no quería tratar más que de ideas.

Duport quería llamar en auxilio de las ideas á la intriga subterránea, á la agitación popular, al motín si era necesario.

Nueva reunión en Versalles. Esta, cuyo fondo era la diputación de Bretaña, se llamó el *Club-Breton*. Allí se preparaban bajo la influencia de Duport, de Chapelier, etc., muchas medidas audaces que salvaron la Revolución naciente. La minoría de la nobleza, mitad de ella compuesta de señores filántropos y de señores descontentos, se mezcló al club y llevó á él un espíritu muy diverso, bastante equívoco. Cortesanos revolucionarios, los más intrigantes, los más audaces eran amigos de Lameth, coroneles jóvenes, de familias favorecidas por la corte pero poca satisfechas.

Nobles de Artois, querían ser erigidos en Franco-Condado. Un diputado de esta última provincia fué quien en Octubre del 89, cuando la Asamblea estuvo en París alquiló un local á los frailes llamados Jacobinos para reunir á los diputados. Los frailes alquilaron su refectorio por doscientos francos y por otros doscientos el mobiliario, mesas, cajas, etc. Más tarde el local no era suficiente, el club se hizo prestar la biblioteca y por fin la iglesia. Las tumbas de los antiguos religiosos, la comunidad sepultada de Santo Tomás, los hermanos de Jacobo Clemente se vieron mudos testigos y confidentes de las intrigas revolucionarias.

Por otra parte, las miembros del Club-Breton, muchos diputados que jamás habían venido á París y que no estaban muy tranquilos después de las escenas de Octubre, creyéndose como perdidos en este océano de pueblo, se habían instalado en la calle de *Saint-Honoré*, cerca los unos de los otros, para encontrarse pronto si era necesario. Ellos estaban á la puerta de la Asamblea que funcionaba entonces en el Manège, hacia el lugar en que se cruzan las calles de Rívoli y de Cartiglione. Les era muy cómodo reunirse casi enfrente del convento utilizado por los jacobinos.

El primer día hubo cien diputados, luego doscientos, luego cuatrocientos... Tomaron el título de Amigos de la Constitución. En realidad ellos la hicieron Fué enteramente preparada por ellos: estos cuatrocientos más unidos, más disciplinados, más exactos por otra parte que los otros diputados, fueron dueños de la Asamblea. Ellos aportaron las leyes y las elecciones: ellos solos nombraban los presidentes, los secretarios, etc. Ocultaron por algún tiempo todo este poder tomando á veces presidente en otras esferas que las suyas.

En el invierno del 89 toda la Francia vino á París. Muchos hombres de gran representación querían entrar en los jacobinos. Estos admitieron, por lo pronto á algunos escritores distinguidos: el primero fué Condorcet, después otras personas conocidas que debían ser presentadas y recomendadas por seis miembros. No se entraba sino con pape-

letas, que eran cuidadosamente examinadas en la puerta por dos miembros allí colocados al efecto.

El club de los Jacobinos no podía limitarse por largo tiempo á ser una comisión legislativa para preparar leyes. Pronto fué un gran comité de policía revolucionaria.

La situación lo quería así. ¿De qué servía hacer la Constitución si la corte por un golpe hábil derribaba esta construcción hábilmente erigida? Se ha visto que á la noticia del complot de Brest, que según se decía iba á ser entregado á los ingleses, Duport había hecho crear en 27 de Julio del 89 el Comité de investigaciones. El Comité no tenía otros agentes que los mismos del gobierno que él debía vigilar. Estos agentes que le faltaban los encontró en los jacobinos. Lafayette, que aprendió á costa suya á conocer la organización, dice que el centro era una reunión de diez hombres que ellos mismos llamaban *el sábado*, y que todos los días tomaban órdenes de Lameth; cada uno de los diez las transmitía á otros diez representantes de batallones y secciones diferentes, de manera que todas las secciones recibían á un tiempo mismo la misma denuncia contra las autoridades, la misma proposición de levantamiento, etc.

Lafayette tenía de su parte al Comité de investigaciones de la ciudad, y muchos adictos en la guardia nacional. Estas dos policías se cruzaban entre sí y con la de la corte. La de los jacobinos, obrando en el sentido del movimiento popular, de la ola que subía, encontraba tanta facilidad como obstáculos las otras. Se entendía bien en todo, se organizaba en cada ciudad frente á las municipalidades, oponía á cada cuerpo civil ó militar una sociedad de vigilancia y de denuncia.

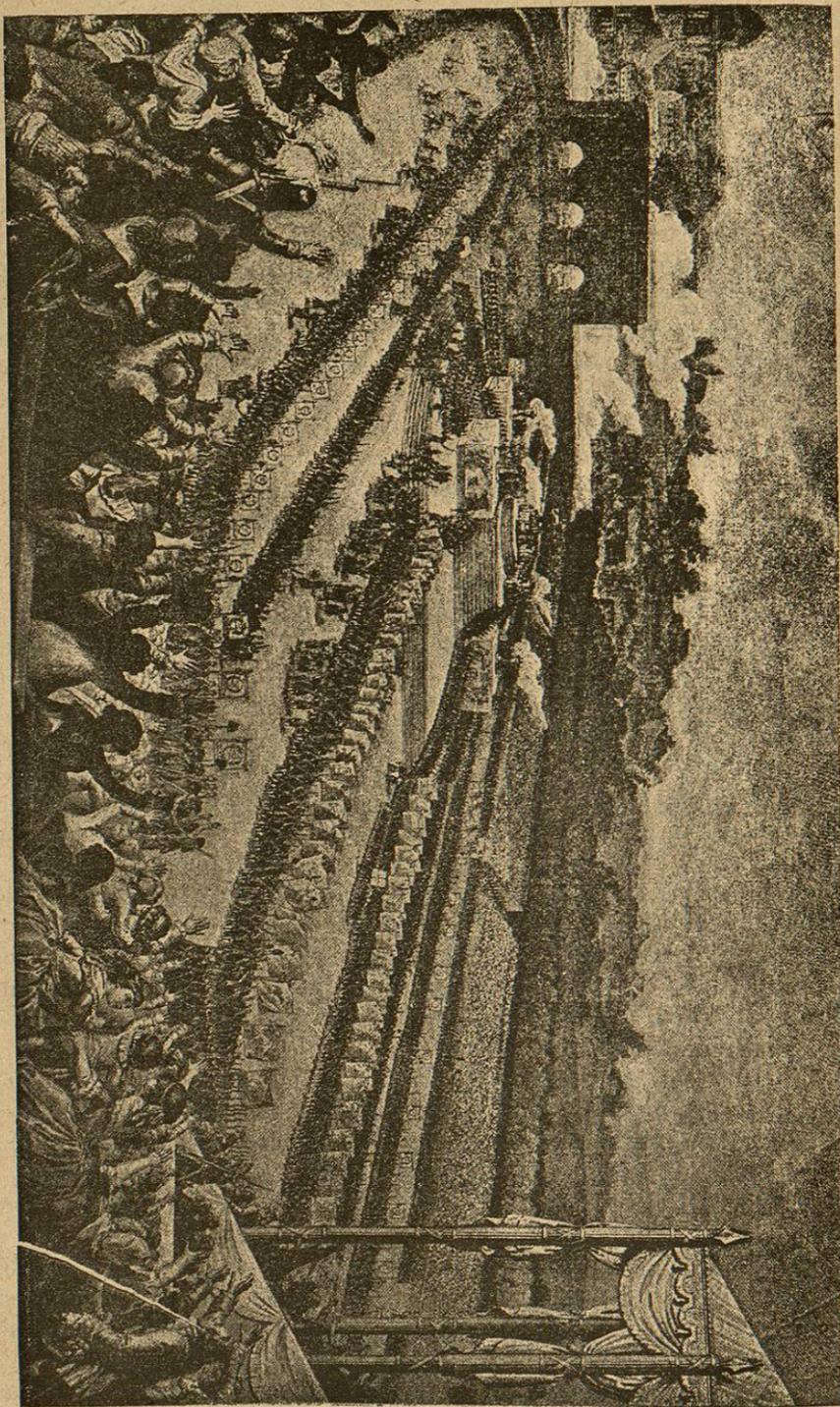
Ya hemos hablado del *Club* del 89, que Lafayette y Sieyes intentaron oponer por el momento á los jacobinos. Este club conciliador que creía enlazar la monarquía con la Revolución, no hubiera logrado en el caso de prosperar más que destruir la Revolución. Hoy que tantas cosas secretas de entonces han salido á plena luz, podemos declarar con toda seguridad que sin la más fuerte, la más enérgica acción, la Revolución hubiera perecido. Si no se volvía agresiva estaba perdida. La imprudente asociación de Bouillé y de Lafayette le había dado el golpe más grave. Por los jacobinos pudo tomar la ofensiva.

El 2 de Septiembre se supo en París la noticia de Nancy, y el mismo día, pocas horas después, cuarenta mil hombres llenaban las Tullerías y asediaban á la Asamblea gritando: ¡La destitución de los ministros! ¡La cabeza de los ministros! ¡Los ministros á la linterna!

El efecto de la noticia fué amortiguado, la emoción dominada por la emoción, el terror por el terror.

La rapidez singular con que fué dispuesto este movimiento, prueba á la vez el estado inflamable en que se hallaba el pueblo y la vigorosa organización de la sociedad jacobina que podía, en cuanto diera la señal, realizar el hecho.

Y M. de Lafayette, con sus treinta y tantos mil hombres de guardia



La fiesta de la Federación en el Campo de Marte. (Estampa de la época.)

nacional, con su policía militar y municipal, con los recursos del Hotel de Ville, con los de la corte, un momento aproximado á él para *dar el golpe* de Nancy, Lafayette, digo, con tantos recursos diversos no podía hacer nada en esto.

El ministro contra el cual se lanzaba de pronto al pueblo, era el que en este momento hacía menos. Necker, ministro de Hacienda, todo lo que hacía era escribir. Acababa de publicar una memoria contra los asignados. Se enviaron algunas bandadas de gente á gritar contra él y á amenazarle. Lafayette, que hería tan fuerte á Nancy, no osó herir á París, y aconsejó á Necker ponerse en seguridad. A propuesta de un diputado jacobino, la Asamblea decretó que ella misma dirigiría el Tesoro público. Grave decisión; uno de los golpes más violentos que se pudo dar á la realeza.

He aquí los dos partidos, el jacobino y el constitucional, ambos empleando la violencia y el terror; Lafayette herido por Bouillé, los jacobinos por la conmoción, terror de Nancy y terror de París. ¿Cuántos siglos distamos de la federación de Julio? ¿Quién lo creería? Distamos solamente dos meses. Esta hermosa luz de paz ¿dónde está ya? El sol brillante de Julio se anubla poco á poco. Entramos en un tiempo sombrío de complots, de violencias. Desde Septiembre todo queda obscuro. La prensa, ardiente, inquieta, marcha á ciegas. Atisba, busca, pero no ve; tan sólo adivina. La inquisición de los jacobinos que comienza, da débiles y falsos reflejos que á un mismo tiempo alumbran y se oscurecen, como esas luces de la gran nave del convento de la calle de Saint-Honoré, donde se reúnen.

Una sola cosa aparecía clara en esta oscuridad; era la insolencia de los nobles.

Habían tomado en todas partes la actitud del reto y de la provocación. Por doquiera insultaban á los patriotas, á las gentes más inofensivas, á la guardia nacional. Muchas veces el pueblo intervenía y resultaban escenas muy sangrientas.

Para no citar mas que un ejemplo, en Cahors dos hermanos, ambos nobles, tuvieron el capricho de insultar á un guardia nacional que había cantado el *Ça ira*. Se quiso detenerlos: pero hirieron y mataron á los que lo intentaban. Luego se metieron en su casa, y desde allí, haciéndose fuertes, pues tenían muchos fusiles cargados, dispararon sobre el pueblo y mataron á un gran número de hombres. Para terminar esta carnicería hubo que prender fuego á la casa.

En la Asamblea misma, en el santuario de las leyes, no se oía más que insultos y retos de gentileshombres. M. d' Ambly amenazaba á Mirabeau con su baston.

Otro llegó hasta decir:—¿Por qué no caemos sobre esa gente espada en mano?

Un quidam, enviado por ellos, persiguió por espacio de dos días enteros á Carlos de Lameth para obligarlo á batirse. Lameth, muy va-

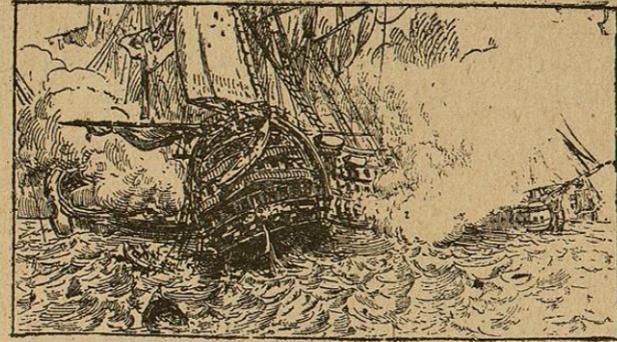
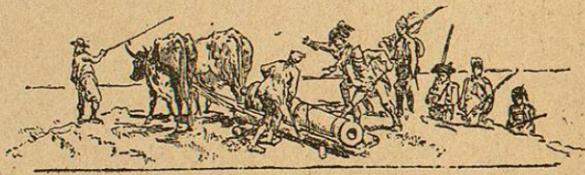
liente y muy discreto, rehusó obstinadamente honrarle con una estocada. Al tercer día, como nada podía acabar con su paciencia, todo el lado derecho en masa le acusó de cobardía. El joven duque de Castries le insultó; salieron, Lameth fué herido y de allí un gran furor en el pueblo. Se dijo que la espada de Castries estaba envenenada y que Lameth iba á morir.

Los jacobinos creyeron buena la ocasión para aterrar á los duelistas. Sus agentes lanzaron á la multitud contra el hotel de Castries; no hubo golpes, ni muertes, ni robos, pero todos los muebles fueron destrozados y tirados á la calle. Todo esto tranquilamente, con método: los invasores pusieron un centinela ante el retrato del rey, único objeto respetado. Lafayette llegó, vió aquello y no pudo hacer nada; la mayor parte de los guardias nacionales estaban indignados por la herida hecha á Lameth, y creían que después de todo los amotinados tenían razón (13 de Noviembre 1790).

Desde este día el terror que inspiraban los duelistas, que poco á poco iba disminuyendo el ascendiente de la nobleza, fué reemplazado por otro terror: el de las venganzas del pueblo.

La superioridad que tenían los nobles en la esgrima desaparecía ante la fuerza de la multitud. Habían intentado los nobles hacer cuestiones de honor todas las cuestiones de partido y abusaban de su destreza. Se les opuso el número.

Los revolucionarios más bravos, los que probaron después su valor en los campos de batalla, rehusaron dar á los espadachines la ventaja fácil de los combates individuales.



CAPITULO V

Lucha de principios en la Asamblea y con los Jacobinos

París á fines de 1790.—Círculo social «Boca de hierro.»—El club del 89.—El club de los jacobinos.—Robespierre en los jacobinos.—Origen de Robespierre.—Robespierre huérfano á los diez años; sirviente del clero.—Sus ensayos literarios.—Juez de lo criminal en Arras; su dimisión.—Aboga contra el obispo.—Robespierre en los Estados generales.—El 5 de Octubre apoya á Maillard.—Conspiración para dejarlo en ridículo.—Su soledad y su pobreza.—Rompe con los Lameth.—Marcha incierta ó retrógrada de la Asamblea.—Había restringido el número de los ciudadanos activos.—Conducta doble de los Lameth y de los jacobinos de entonces.—Confían su periódico á un orleanista (Noviembre).—Probidad de Robespierre.—La política.—En 1790 se apoya únicamente sobre las grandes asociaciones que entonces existían en Francia: los jacobinos y los curas.

Hacia fines del año de 1790 hubo un momento de aparente descanso, poco ó nada de movimiento. Nada más que un gran número de coches que llenaban los caminos cubiertos de emigrados. Los provincianos, en compensación venían á ver el gran espectáculo y observar á París.

Descanso inquieto, sin reposo. Se admiraban, se asustaban de que no hubiera acontecimientos. El ardiente Camilo estaba consternado de no tener nada que contar; se casó en este entreacto y notificó este suceso al mundo. Nada de conmociones: en plena guerra (como ya se notaba) esto no era natural. En realidad había dos sucesos inmensos.

Primeramente el rey entregaba la Francia á los reyes de Europa.

Además, contra la conspiración eclesiástica y aristocrática, se organizaba fuertemente la conjuración jacobina.

El rasgo saliente de la época es la multiplicación de los clubs, la inmensa fermentación de París especialmente, de tal modo, que en cada rincón de las calles se improvisaban asambleas. El brillante y monótono París de la paz no da una idea del de entonces. Refugiémonos por un momento en este París, agitado, ruidoso, violento, sucio y sombrío, pero viviente, lleno de pasiones desbordadas.